

CECINA LETAL

Uno

Recuerdo que fue justo después de que cayera un rayo. Estaba mirando por la ventana de la cocina, preguntándome cuando amainaría la tormenta de nieve, cuando vi un relámpago enorme, luego otro, y finalmente un rayo que cayó sobre la torre de la iglesia, iluminando de esa forma fantasmagórica en que suelen hacerlo la plaza del pueblo.

Iba a decirle a la abuela lo grande que había sido aquel rayo, cuando Doña Carmen, la alcaldesa, gritó.

- ¡Dios mío! -exclamó el negro, despavorido-. ¡Está muerto!.

Me di la vuelta y contemplé la escena, incrédulo. La abuela sostenía una mano de la alcaldesa entre las suyas, al parecer tratando de reanimarla. El negro sacudía a Don Samuel, el cura párroco, aferrándolo por los hombros.

Don Samuel permanecía caído de bruces sobre la mesa, encima de la baraja desparramada con la que los cuatro habían estado jugando al bridge, a lo largo de la mayor parte de la tarde.

- Telefonea al médico -me ordenó la abuela-. ¡Rápido!.

Corrí al pasillo, descolgué el auricular y busqué con la mirada el teléfono del doctor, que estaba anotado en un papel adherido a la pared, junto con el del cuartelillo y el de los bomberos.

Marqué torpemente el número y, cuando descolgaron, informé como pude de la situación.

El doctor no pareció sorprendido y prometió acudir al instante. Colgué y regresé a la cocina, en el momento en el que Doña Carmen empezaba a recuperarse.

- ¡Aaaaay, qué disgusto...! -gemía-. ¡Dio mío, Dio mío, pobrecito, pobrecito Don Samuel!.

La abuela le sirvió una copita de orujo que Doña Carmen engulló sin miramientos.

- Aay, Dio mío, Dio mío..!.

La abuela le dejó la botella al alcance de la mano y pidió al negro que la ayudara a transportar el cadáver hasta mi habitación.

- ¡Jolines! -protesté-. ¿Por qué todos los muertos van siempre a mi cama?. ¡No es justo!.

Nadie me hizo caso, y no tardé en arrepentirme de mis palabras. Al fin y al cabo, Don Samuel siempre se había portado bien conmigo, e incluso había sido el único que me visitó cuando pasé la escarlatina, trayéndome algunos libros de Guillermo, que sabía que eran mis favoritos.

Una vez que lo hubieron colocado sobre mi cama, la abuela lo examinó detenidamente, sin prisas. De la cocina llegaban los gemidos de Doña Carmen, interrumpidos de vez en cuando por el gorgoteo del orujo.

Finalmente la abuela se apartó y retrocedió un par de pasos, meneando la cabeza con preocupación.

- No hay duda, está muerto. Pero, ¿cómo ha podido ser?. Era un hombre sano y robusto, que apenas frisaba la cincuentena.

- Quizá el corazón -aventuró el negro-.

- No creo. Ha sido demasiado rápido. No se ha quejado, ni se ha llevado la mano al pecho, ni ha hecho gestos de dolor. No, ha sido como.... como si le apagarán, como si le desconectarán con un interruptor. Ha cogido una carta, ha echado otra sobre la mesa, e inmediatamente se ha desplomado, sin un gemido, sin un gesto de dolor, sin el menor ruido. No lo entiendo.

- A lo mejor le han envenenado -dije-.

El negro empezó a reír, pero se calló al ver que la abuela no le secundaba. Me miraba con el entrecejo fruncido, arreglándose el moño con el que sujetaba sus cabellos blancos de forma mecánica, distraída. Asintió

lentamente con la cabeza y miró al negro. En su mirada había una intensa preocupación e incluso algo que nunca antes le había visto: miedo.

- Me parece que el chico tiene razón -dijo con lentitud-.

Dos

El negro y yo volvimos con la alcaldesa, que había dejado de gemir para dedicarse por completo al orujo. La abuela llamó al cuartelillo y contó lo que había sucedido al sargento Grimones. Aún estaba al teléfono cuando oímos retumbar la motocicleta del doctor, una Guzzi de la segunda guerra mundial que gustaba de reparar él mismo, aunque no había conseguido que dejara de petardear y emitir pequeñas explosiones cada pocos metros.

El doctor apagó el motor de la Guzzi, la apoyó contra la valla que cercaba nuestro jardín, soltó los correaes que mantenían sujeto su maletín y entró en la casa.

El negro lo condujo a mi habitación, donde se les unió la abuela poco después. Yo quedé con Doña Carmen, que se levantó, tambaleante, y se acercó a una mesita adyacente a la de juego, un pequeño velador dispuesto con viandas para picotear durante la partida.

Empezó a comerse las galletitas saladas con forma de animal, pasando cuando les dio fin a las cebolletas picantes. De tanto en tanto daba unos pasitos hacia atrás, bebía un sorbito de orujo y volvía a comer. Se disponía a atacar un platillo repleto de lonchas de jamón y queso, cuando la abuela entró en la cocina, gritó y dio un salto hacia ella. Le arrebató de la mano la loncha de jamón y la dejó en el plato.

- Ni se te ocurra, Carmen -dijo, tensa-. Ni se te ocurra.

El doctor entró y se acercó a la mesa de juego, dio una vuelta alrededor como si buscara algo y se asomó a la mesita de la comida con cautela.

Parecía una persona que mira por un precipicio sin acercarse al borde. Olfateó cada plato como un perro y luego retrocedió apartando a todo el mundo de la mesa.

- Voy a llevarme todo esto para analizarlo -dijo-. Probablemente sea una toxina presente en la carne del jamón, aunque es muy raro que haya actuado tan deprisa. Y ustedes pásense mañana por la consulta, para hacerles unas pruebas de rutina.

- ¿Cómo? -exclamó Doña Carmen, súbitamente despejada-. ¿Qué está usted diciendo?. Pero...pero, ¿es que Don Samuel no ha muerto de un ataque al corazón?.

- Seguramente, Doña Carmen. Pero también es posible que este jamón que comió, dice Doña Fuenciscla, poco antes de fallecer, tenga alguna contaminación. No es probable, pero siempre es mejor comprobarlo, sobre todo teniendo en cuenta....¿qué le sucede?. ¿Usted tampoco se encuentra bien?.

La alcaldesa se había puesto pálida y llevándose una mano a la boca, salió corriendo de la habitación.

- No se preocupe, doctor -dijo la abuela sonriendo con tristeza-. Lo único que le pasa es que se le ha ido la mano con el aguardiente. Una tentación a la que sucumben muchos de nuestros visitantes....

Momentos después se oyó vomitar a la alcaldesa, que apareció aún pálida pero serena.

- Disculpadme -murmuró con voz débil-. No me encuentro bien, me voy a mi casa....

- Espera -dijo la abuela-. Antes debo preguntarte algo.

- ¿Qué? -dijo la alcaldesa, confundida-. No, no, me voy a casa. Mañana...

- Carmen -dijo la abuela con firmeza, agarrándola por los hombros-. ¿Has sido tu?.

La alcaldesa parecía cada vez más confusa. Miraba a la abuela, sin comprender, e intentaba tímidamente desasirse.

- ¿Qué?. ¿Si he sido yo qué?.

- ¿Has matado tú a Don Samuel, Carmen?.

A la alcaldesa se le aflojaron las piernas. Temblaba y lloriqueaba como un niño. La abuela la guió hasta sentarla en una silla. La abrazó y la meció, susurrándole al oído frases de consuelo.

- Ya, Carmen, ya, ya. No pasa nada, ya está. Ya sé que no has sido tú, pero no podía dejarte ir, compréndelo, Carmen. Tenemos que solucionar esto, no podemos irnos sin dejarlo aclarado. Ya, ya, Carmen, tranquilízate.

La alcaldesa lloraba cada vez mas fuerte. La abuela se levantó, le sujetó la barbilla con la mano y le propinó dos sonoras bofetadas.

- Pon agua a hervir -me dijo-. Le prepararé una tisana.

Unos minutos después, ya con la alcaldesa tranquila, nos sentamos en los bancos que flanqueaban la chimenea. Todos nos servimos una taza del brebaje de la abuela, un preparado que sedaba sin adormecer.

El doctor rehusó, aduciendo que tenía que trabajar y llevar las muestras al laboratorio, y desapareció en su motocicleta haciendo un ruido infernal.

La abuela se sentó junto a la alcaldesa y la abrazó cariñosamente. Doña Carmen se dejó abrazar, aunque su mirada dejaba traslucir cierto recelo frente a otra posible tanda de bofetadas.

- Tenemos un buen rato antes de que llegue la Guardia Civil. El sargento me ha dicho que ha volcado un camión en la carretera general, lo que les tendrá ocupados al menos una hora. Antes de que lleguen, creo que hay unas cuantas cosas de las que debemos hablar.

La abuela apuró su tisana y dejó la taza sobre la repisa de la chimenea, junto a su bolsa de tabaco y su pipa de brezo. Se volvió hacia la alcaldesa y le dijo con dulzura:

- Antes de nada, Carmen, perdóname por haberte presionado, pero no vi otra manera de conseguir que te quedaras. Sé muy bien que tú nada tienes que ver con esto, pero quizá la policía no piense lo mismo, y no lo pensará cuando sepan que le odiabas. En cuanto pregunten un poco por el pueblo, lo sabrán. Así que creo que es importante que nosotros lo sepamos.

La abuela miró al negro y después a mí. Tenía los ojos empañados, llenos de tristeza.

- Es importante -continuo-, porque alguien ha matado a Don Samuel, y la policía va a pensar que hemos sido nosotros, uno de nosotros al menos.

- Pero, ¿no ha dicho el doctor que era más probable que fuera del corazón?.

El negro hizo la pregunta sin convicción, como temeroso de la respuesta.

- No -respondió la abuela con firmeza-. Esto ha sido un asesinato.

Hubo un silencio largo, ominoso. Un escalofrío me recorrió la espalda. Yo no había sido, desde luego, y la abuela y el negro, tampoco. Y si la abuela respondía por Doña Carmen, ¿quién había asesinado a Don Samuel?.

- Es cierto -dijo de pronto la alcaldesa-. Sí, le odiaba con toda mi alma, y me hubiera gustado verle muerto. ¡Cada vez que le veía por la calle sentía deseos de escupirle!. El...él y yo íbamos a casarnos, hace ya casi treinta años. ¡Y me dejó plantada en la puerta de la iglesia!. Yo nada sabía de sus dudas ni de su vocación. En mi presencia siempre se comportaba como un enamorado, hacíamos planes, hablábamos de nuestros hijos, de un futuro común...¡Y me dejó allí sola, humillada ante el altar!. ¡Si hubiera sido por miedo al matrimonio, o por otra mujer, lo habría comprendido, incluso perdonado!. ¡Pero ordenarse sacerdote...! Estuve un año encerrada en casa, deseando mi muerte y la suya, pero conocí a Chindasvinto, que me hizo olvidarlo. Años después nos casamos, y cuando destinaron aquí a Samuel no me importó lo más mínimo. ¿Cómo iba a importarme, teniendo

hijos de dieciocho años?. Confieso que nunca llegué a perdonarle, que hasta me habría alegrado si se hubiera roto una pierna, pero ¿matarle?. No, creedme. Créeme, Fuenciscla, yo no le he matado, aunque creo que merecía mil muertes por el daño que me hizo.

Calló la alcaldesa, sollozando. La abuela la abrazó, murmurando palabras tranquilizadoras. Añadí un grueso tronco al fuego y avivé la llama con un fuelle que silbaba como los viejos pulmones de Don Nicolás, el maestro. La abuela cargó su pipa, la encendió con una ramita que arrojó después a las brasas, lanzó una bocanada de humo hacia el techo y miró al negro con una extraña expresión que no supe descifrar.

- Tu también le odiabas, lo sé -dijo con una seguridad aplastante-. Es necesario que sepamos por qué. ¿Quieres hacer el favor de contárnoslo?.

El negro pareció entristecerse, sacudió la cabeza como para deshacerse de algo desagradable, suspiró y empezó a hablar.

- Fue hace mucho tiempo, en un...-dijo mirándome de reojo, súbitamente incómodo-...un bar de alterne de Sabiñánigo. Nos tomamos unas copas en la barra, y todo fue bien hasta que me fijé en que tenía el pelo muy corto, y le pregunté, en broma, si era un seminarista que se había escapado para echar una canita al aire....

- ¿Qué es eso? -quise saber-.

- ¿Eh?. Nada....divertirse, una juerga...

- ¿Y qué pasó? -preguntó la abuela-.

- Pues que acerté, y que creyó que quizá yo le había reconocido, y que iría contándolo por ahí, y claro, llegaría hasta el seminario y le expulsarían, así que pensó que lo mejor era quitarme de en medio un par de días y me denunció por robo.

- No me extraña en él -dijo la alcaldesa, rencorosa-.

- Si hubiera llevado los papeles encima -prosiguió el negro-, seguramente no habría pasado nada. Yo estaba bastante sobrio y en seguida

habría deshecho el malentendido, pero los tenía en la maleta, en la pensión, y no conseguí recordar el nombre ni la calle, así que me tomaron por ladrón, indocumentado y sospechoso y me encerraron. Pasé cuatro días en los calabozos y después me metieron en un barco y me repatriaron.

- ¿Cuándo fue eso? -preguntó la abuela-.

- Hace veinticinco años. Y tardé otros diez en juntar plata suficiente para volver.

- ¡El muy canalla! -se indignó la alcaldesa-. Apostaría a que tiene por ahí un montón de enemigos.

- Es posible -dijo el negro, muy serio-. Lo que es seguro es que en esta habitación tiene tres. ¿No es así, Fuenciscla?.

La abuela dio un respingo y asintió lentamente, chupando su pipa con aire abstraído.

- Sí pero yo, como vosotros, también le había perdonado. En mi caso no creo que hubiera maldad por su parte, estoy segura de que debió ser un simple descuido, aunque no cabe duda de que salí perjudicada. Me costó todos mis ahorros. Fue por esta casa.

La abuela hizo un gesto con el brazo, señalando la pared de la cocina.

- Mi padre, por unas deudas contraídas a raíz de que el dengue diezmará sus caballos y un rayo le matara una vaca, hipotecó la propiedad al prestamista del pueblo, que era hermano de Samuel, o hermanastro, no lo recuerdo.

- Hermano -aclaró la alcaldesa-.

- Bien, pues resulta que la hipoteca estaba a punto de ejecutarse, porque mi padre esperó hasta el último momento para rescatarla, cuando nos enteramos de que el prestamista tenía que declarar en un juicio e iba a estar fuera hasta después del vencimiento. Para evitar una sorpresa le pido a Samuel, que se dispone a viajar para ver a su hermano y para no se qué asuntos propios, que le entregue el importe.

- ¿Y no lo hizo? -dijo el negro, asqueado-. ¡El muy bandido!.

- No, regresó después y me devolvió el dinero, asegurándome que no había podido encontrar a su hermano. Y la hipoteca venció, tuvimos que pleitear y la deuda acabó costándonos más del doble. Pero esto sucedió hace mucho, y nunca le he atribuido mala fe.

Tres

La abuela calló y atizó el fuego con movimientos mecánicos, distraídos. Luego me puso en la mano el atizador y empezó a caminar alrededor de la estancia, con las manos cogidas a la espalda y la barbilla sobre el pecho.

- ¿Qué es esto? -murmuró agachándose y recogiendo algo del suelo-. ¡Vaya, vaya!.

Guardó lo que había recogido en un cajón y permaneció pensativa, mirando al vacío y frotándose ligeramente la frente. De pronto chasqueó los dedos y dio un puñetazo en el fregadero.

- ¡Pues claro! -exclamó, y salió corriendo de la habitación-.

Doña Carmen empezó a lanzar miradas de reconciliación a la botella de orujo, pero desistió al oírse de nuevo el inconfundible petardeo de la motocicleta del doctor. El negro me miró y después se volvió hacia la alcaldesa, que parecía también desconcertada. Abrí la puerta y el doctor entró, frotándose enérgicamente las manos para combatir el frío.

Se acercó al fuego y extendió las palmas sobre las llamas. En el momento en que, vuelto de espaldas, calentaba su torso levantando con ambas manos los faldones de su levita, hizo su entrada la abuela, que se dirigió directamente hacia él.

- ¿Era veneno, verdad?.

- Sí.

- Colinesterasa, ¿no es cierto?.

- ¿Cómo lo sabe? -preguntó el doctor, asombrado-.

- Simple deducción -respondió la abuela-. Aunque si quisiera cerciorarme, no tendría mas que hacer lo mismo que usted, analizar....¡esto!.

La abuela se aproximó al cajón y sacó una loncha de cecina, que blandió acusadoramente frente al doctor.

- Porque esto es lo que ha venido a buscar, ¿verdad? -prosiguió, avanzando cecina en ristre-. Porque la colinesterasa que mató a Don Samuel....¡era suya, doctor!.

El doctor se dejó caer en un banco y enterró la cabeza entre las manos. El negro se levantó, cogió la botella de orujo y volvió a sentarse. Bebió un trago largo aplicando directamente los labios al gollete y se la paso a Doña Carmen, que hizo lo mismo.

- Temí que si llegaba a saberse sería el fin de mi carrera -gimoteaba el doctor-. Me acusarían de negligencia, perdería mis pacientes...

- Cuéntenos lo sucedido -interrumpió la abuela con aspereza-. ¡Vamos, hable!.

- Sí...sí.. yo no he tenido nada que ver en esto, comprendan, solo quería evitar que me relacionaran con... que pensarán que era un irresponsable. Don Samuel muere de un ataque al corazón y....

- ¡Maldito idiota! -exclamó la abuela abriendo y cerrando los puños, a punto de lanzarse sobre el lloriqueante doctor-. Y el asesino... ¿qué?. ¿No se da cuenta de que con su actitud lo que hace es proporcionar inmunidad al asesino?.

El doctor la miró con la boca abierta.

- ¿El....asesino?. No...no lo había pensado.

- ¿Qué pasó? -volvió a preguntar la abuela, mirando al doctor con verdadero furor-.

- ¿Eh?. Sí, sí, pues que me robaron las toxinas hace días, pero no me había dado cuenta hasta ahora. Estaban en un pequeño cuentagotas, en la nevera donde guardo las vacunas, y....

- ¿Quiere decir que tenía un veneno mortal en una nevera y no lo tenía bajo llave?. ¿Quiere decirme que clase de chiflado es usted?.

- Pero, ¿cómo voy a cerrar con llave una nevera?. Cierro la consulta, pero la ventana no encaja bien y puede abrirse desde el exterior de una patada. Sin duda alguien entró cuando yo no estaba, aprovechando alguna de mis visitas a domicilio.

La abuela hizo un gesto impaciente para acallar las explicaciones del doctor y continuo paseando.

- Sabemos que el veneno estaba en la cecina -dijo-. Las lonchas las corté yo, y lo hice delante de vosotros. Tú, Carmen, me ayudaste, y los muchachos se encargaron del queso, los emparedados y lo demás. Entonces llegó Don Samuel, nos sentamos y empezamos la partida, y no nos entró hambre hasta pasado un buen rato. Sólo una persona se quedó a solas con las viandas, la única persona de la que nadie sospecharía, la persona que las trajo todas hasta la mesita....tú.

La abuela se volvió hacia mí y me señaló dramáticamente con el dedo.

-¡No abuela! -grité aterrorizado-. ¡Yo no he matado a Don Samuel!. ¡Yo no he sido!.

El negro y la alcaldesa me miraron espantados y volvieron a pasarse la botella. La abuela me abrazó y rió a carcajadas.

- ¡Ya lo sé, tonto!. ¡Era una broma!.

- ¿Eh?. ¿Una broma?. ¡Ah....ja, ja! -dije sin tenerlas todas conmigo-. ¡Buff, creí que me iban a encarcelar, abuela!.

- ¡No mientras yo viva! -dijo ella, siempre leal-. Anda, corazón, saca el aguardiente de palma, ese que le gusta al sargento, que me parece que ese dos caballos que se acerca es el suyo.

Me asomé al ventanuco y vi al sargento aparcar el coche frente a la valla y acercarse por el sendero de grava. En vez del uniforme llevaba un traje oscuro de buen corte y sobre él un llamativo abrigo de pieles y un gorro ruso a juego.

- ¡Buenas noches! -saludó cuando hubo entrado-. ¡Caramba, vaya tiempesito tenemos!.

- Siéntese un momento aquí junto al fuego, así entrará en calor -dijo la abuela-.

- Primero la obligación, Doña Fuenciscla -respondió el sargento-. Haga el favor de enseñarme el cadáver. Usted, doctor, venga también, si es tan amable.

Desaparecieron los tres en el interior de mi habitación, desde donde se les oyó hablar durante varios minutos. Yo aproveché para comerme una manzana asada que saqué del horno, y Doña Carmen y el negro para probar el aguardiente de palma, seguramente porque las emociones les habían despertado la sed.

Cuando regresaron se sentaron junto al fuego. La abuela les sirvió una copa, que ambos bebieron lentamente, chasqueando ocasionalmente la lengua mientras la abuela resumía lo sucedido, omitiendo aquellas partes comprometedoras que no resultaban imprescindibles para los oídos de la autoridad.

- Y eso es todo -dijo haciendo una pausa para cargar su pipa con tabaco de Virginia y encenderla-. Creo que la cosa está bastante clara, ¿no les parece?.

- ¿Clara? -replico el sargento, perplejo-. ¿Qué quiere usted decir?. ¿Acaso sabe quién es el asesino?.

- Desde luego que sí -dijo la abuela, y consiguió que en sus palabras no hubiera rastro de suficiencia-. El asesino es, o mejor dicho, era...Don Samuel.

- ¿Qué? -exclamaron a la vez Doña Carmen, el doctor y el sargento-.

- ¿Cómo? -gritó el negro, algo retrasado por culpa del aguardiente-.

- Sí -respondió la abuela tranquilamente-. Don Samuel se ha suicidado, pero como era un hombre aficionado a fastidiar, ha decidido hacerlo en medio de una partida de cartas, dándonos un ataque de nervios, salpicándonos con historias turbias que todos creíamos muertas y enterradas, e implicando al doctor. ¡Vamos, que era una perla de párroco!.

- Pero -dijo el sargento, al que no le gustaba dejar ningún cabo suelto-, ¿está usted segura?.

- Sí completamente -respondió la abuela exhalando una inverosímil cantidad de humo por las narices-. Tan solo Carmen, el chico y yo tuvimos contacto con la cecina. Y Carmen me habría visto a mí, y yo a ella, y creo que podemos descartarle a él.

La abuela me señaló adelantando la barbilla y continuó hablando y dando recias chupadas a su pipa.

- Además, tanto Carmen como yo comimos, lo que significa que solo había veneno en la que comió Don Samuel, porque se lo echó él mismo a escondidas, ocultando bajo la mesa lo que hacía. Y si quiere más seguridad, sargento -añadió sacando algo de entre sus ropajes y poniéndolo en la mano de Grimones-, llevaba este frasquito fuertemente apretado en la mano derecha. ¡Cuidado, no lo rompa!. Si lee la etiqueta comprobará que tengo razón.

- Es cierto -asintió el sargento examinando el frasquito-. ¡Vaya, vaya!.

- No salgo de mi asombro -dijo el negro con voz algo estropajosa-. Pero, ¿por qué querría suicidarse?. Llenaba la parroquia cada domingo, parecía un hombre satisfecho....

- ¡Quién sabe! -dijo la abuela dándome un cariñoso coscorrón-. Quizá estuviera enfermo, o loco. A lo mejor ha dejado alguna nota en la sacristía.

- Me encargaré de comprobarlo.

El sargento se levantó, se puso su gorro de astracán y su flamante abrigo y, puesta la mano en el pomo de la puerta, dijo sonriendo:

- Si alguna vez quiere unirse al Cuerpo, Doña Fuenciscla, no deje de llamarme...

- Me parece que hago más falta aquí, sargento -dijo la abuela guiñándome un ojo y señalando al negro y a Doña Carmen que, apoyando mutuamente sus respectivas calabazas a la altura de los parietales, empezaban en aquel momento a roncar-.

(FRANCISCO CASAS JIMÉNEZ)